

sangre que los Sres. Sanchez han derramado, de los hombres y mujeres de color oscuro, sembrando en miles de corazones los gérmenes del odio. ¿Las palabras de mi hija podrán cambiarlos en gérmenes de amor?

—¡Dios es justo! discurrió para sí Arabela, sintiendo la culpa de los europeos, como una montaña de enorme peso sobre su alma. Ella comprendió en este momento aquella especie de fanatismo de Julia, cuya fuerza moral fué debilitada por la culpa de su familia.

Sin embargo, pronto recobró la energía de su carácter. Pudo haber dicho que era hermana del Gobernador, y de este modo evitar el odio que á ella se le hacia reportar juzgándola como á hija de Sanchez; pero rechazó este pensamiento con indignacion, porque en estos momentos de peligro estaba resuelta á participar de la suerte de su amiga, haciéndose pasar por su hermana.

—El Gran Jefe, contestó ella, no trata de echar la culpa al que no la tiene. ¿Sabe acaso, lo que la hija del Sr. Sanchez ha hecho con frecuencia?

—Tiene oídos para escuchar.

—Fues bien, continuó Arabela, volviendo á erguirse como una reina; que entónces escuche. La hija de D. Francisco, que están atormentando, ha estado muchas veces á los piés de su padre, implorando gracia y compasion por los hombres y mujeres de color. ¿Tiene ella la culpa de que sus lágrimas y súplicas, nada hayan podido en el corazon de fierro de aquel hombre?

—No la tiene.

—A los Sanchez, padre, esposa é hijo, alcanzó ya la venganza de los Caribes. Han muerto entre crueles padecimientos: sus cuerpos se han convertido en cenizas, lo mismo que sus bienes. ¿Seguirán el Gran Jefe y sus guerreros haciendo la guerra á sus hijas indefensas?

—No la harán.

—¿O se regocijarán atormentándolas?

—¡No!

—Entónces, ¿por qué está sufriendo mi hermana entre las manos de mujeres furiosas y vengativas? ¿y por qué tengo yo atados los brazos y las manos?

El Apoto no contestó. Sacó con calma el gran cuchillo que traia colgado en su cintura, y cortó las ligaduras de Arabela. Despues imitó el canto del tordo, quedándose inmóvil y tranquilo.

Pasados algunos minutos, se presentó su hijo menor, el mismo caribe hermoso y fuerte que habia robado á Julia. El anciano le dijo algunas palabras al oído, y luego volvió á desaparecer el jóven.

—Padre mio, dijo entónces Arabela con tono suplicante.

—¿Qué desea mi hija, contestó el anciano con dulzura, lisonjeado tal vez por el título de padre.

—Concededme una gracia.

—¿Y cual?

—Ya no me separeis de mi hermana.

El anciano guardó silencio, y se notó cierto disgusto en su semblante. Luego dijo con la dignidad que le era peculiar:

—Al cielo pertenece su azul, al bosque su verde. El Gran Espíritu les ha dado estos colores, y nadie puede arrebatárselos.

—¿Y nosotras?.....

—Sois propiedad de aquellos que os han conducido aquí como botín de guerra.

Arabela se estremeció. Notando esto el anciano, le dijo con orgullo y dignidad:

—Que mi hija no se inquiete. El joven *Una de Aguila*, es hijo del Gran Jefe, como lo es también el *Orgullosa Cedro*. No se os volverá á tocar ni un pelo de la cabeza.

Y dirigiéndose con voz de trueno á las mujeres que se hallaban todavía postradas en el suelo, las mandó que se levantasen.

En el mismo instante apareció el *Cedro Orgullosa*, poniendo á Julia, todavía desmayada, á los piés de Arabela. Una de las mujeres le seguía temblando con los restos de los vestidos.

—Sois y quedareis como propiedad de los hijos del Gran Jefe, dijo el Apoto con voz grave dirigiéndose á

las niñas; pero durante el tiempo de la fiesta del *curare*, os protegerá su *wigwam*.

Dichas estas palabras las tocó á ambas, y mandó que las condujesen á su choza. El Apoto las había consagrado con su contacto, y las mujeres solo se atrevían á dirigirles miradas tímidas.

A este día penoso siguió una noche que lo fué mas aún. Arabela y Julia se quedaron sentadas en el suelo, abrazadas estrechamente y llorando. Ninguna articulaba una sola palabra, porque su dolor era demasiado intenso para ello.

El pensamiento de Arabela se dirigía á su amado, á su hermano y al Padre Acosta, pidiéndoles auxilio; pero el primero no podía adivinar esta horrible desgracia. Acaso alegre, con todo el goce de los estudios de la naturaleza, y con el corazón lleno de esperanzas halagüeñas, navegaba en las aguas del Orinoco, lejos..... muy lejos de ella. Ni una noticia podía llegar á sus oídos..... y nadie podía decirle: «tu querida Arabela está desesperada, es presa de Caribes salvajes..... acaso dentro de pocos días..... resistiendo los brazos nerviosos de un salvaje.....»

Eran horas terribles..... las horas de esa noche. Solo hasta el amanecer pudo Julia dormir.

¡Cuál sería su sorpresa, cuando al despertar miró el rostro de Arabela, en el cual ninguna desesperación se notaba, sino una resolución firme y llena de altivez!

—Arabela, ¿qué tienes? la preguntó Julia sorprendida.

Mirando Arabela á su derredor para asegurarse de que estaban solas, contestó, notándose en sus ojos algo que indicaba desprecio á la muerte.

—He encontrado el camino para nuestra salvacion.

—¿De qué modo? preguntó Julia á media voz.

—¡Silencio! exclamó Arabela, con gravedad, sacando de su seno un objeto envuelto en hoja de palma.

—Toma, dijo entónces apresuradamente á su amiga, y ocúltalo como ¡yo.

Julia tomó el objeto y lo ocultó debajo de la parte superior del vestido que le habia quedado.

—¿Y qué es? preguntó.

—Una punta de flecha, contestó Arabela, en voz muy baja; la he tomado anoche con otra para mí, despues de haberlas introducido en aquel caso con *curare*. Vivámos y suframos, miéntras haya esperanzas de escapar por nesotras mismas ó por mi hermano, que seguramente estará haciendo todo lo posible para libertarnos. Mas, si todas las esperanzas fuesen destruidas, ó si nuestro honor corriese peligro, entónces, querida Julia, solo una pequeña herida con estas puntas de flecha..... y..... estaremos libres para siempre.

Julia exclamó estremeciéndose:

—¡Un suicidio!

—No, contestó Arabela tranquilamente y con orgullo. Solo será un medio para libertarnos de lo peor que nos puede suceder..... de la esclavitud y la deshonra.